

Fría revancha

Dan Simmons

Traducción de David Luque Cantos



Libros publicados de Dan Simmons

SERIE JOE KURTZ

1. Fría venganza
2. Fría revancha

Próximamente:
3. *Hard as Nails*

Título original: *Hard Freeze*
Primera edición

© Dan Simmons, 2002, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-670-4 Depósito legal: B-32027-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Joe Kurtz sabía que algún día perdería la concentración o que desviaría la atención en un momento crucial. Sus instintos, afinados durante casi doce años de supervivencia en los bloques de la prisión, le fallarían, y cuando llegara ese día sufriría una muerte violenta.

Pero no sería hoy.

Reparó en el viejo Pontiac Firebird que rodaba detrás de él y se detenía en el lado opuesto del aparcamiento del restaurante Ted's Hot Dogs de Sheridan. Al bajarse de su propio coche vio a los tres tipos que permanecían dentro del Pontiac, cuyo motor estaba apagado. Los limpiaparabrisas del Firebird apartaban la nieve a un lado trazando dos amplios arcos negros, pero Kurtz distinguió claramente las cabezas de los tres hombres perfiladas por las luces situadas detrás de ellos. Todavía no eran las seis de la tarde, sin embargo, la noche ya había caído de aquella manera oscura, fría y claustrofóbica tan propia del mes de febrero en Búfalo, Nueva York.

Kurtz cogió tres paquetes de monedas de cuarto de dólar de la guantera de su viejo Volvo, se los metió en el bolsillo del chaquetón y entró en el Ted's Hot Dogs. Pidió dos perritos calientes con todo (excepto salsa picante), una ración de aros de cebolla y una Coca-Cola, sin apartarse nunca de una posición desde la que pudiera observar el Firebird con el rabillo del ojo. Los tres hombres se bajaron, hablaron durante un momento bajo la nieve y luego se dispersaron; ninguno de ellos se dirigió al intensamente iluminado restaurante.

Kurtz llevó su bandeja de comida a una de las mesas que se hallaba a la vuelta, detrás del largo mostrador donde se alineaban los quemadores de carbón vegetal y las máquinas expendedoras de bebidas. Se acomodó en un lugar apartado de las ventanas desde donde veía el exterior y podía controlar todas las entradas.

Eran los tres chiflados.

A Kurtz le había bastado un simple vistazo para identificarlos. Sabía sus nombres reales pero, en realidad, carecía de importancia. En los años que había pasado con ellos en Attica, todo el mundo los conocía como los tres chiflados. Eran hombres blancos de treinta y tantos años, sin ninguna relación entre ellos, excepto algún *ménage à trois* ocasional que Kurtz prefería no imaginarse. Los chiflados eran estúpidos, aunque hábiles a su manera malvada y letal, tanto que se habían hecho una carrera haciendo trabajos con navajas en el patio de la prisión. Recibían órdenes de aquellos que no podían llegar a sus objetivos por cualquier razón y contrataban sus servicios a cambio de un salario tan bajo como una docena de cartones de cigarrillos. Eran asesinos que creían en la igualdad de oportunidades: una semana pinchaban a un negro por encargo de la hermandad aria, a la siguiente a un chico blanco para una pandilla de negros.

Ahora que Kurtz estaba fuera del trullo y los chiflados también, era su turno de morir.

Se comió los perritos calientes mientras evaluaba la situación. En primer lugar, tenía que averiguar quién había ordenado aquello.

No, a la mierda. Primero tenía que hacer frente a los tres chiflados, pero de tal manera que le fuera posible descubrir quién había dado la orden. Comió lentamente, analizando la logística del asunto. No era muy prometedora.

Debido a un golpe de suerte o a un plan inteligente (y Kurtz no creía en la suerte), los chiflados iban a actuar en el único momento en el que él no iba armado. Volvía a casa de vuelta de una visita a su agente de la libertad condicional, y había decidido que ni siquiera el Volvo era un buen lugar para ocultar un arma. Su agente era una mujer dura de pelar.

Por lo tanto, los chiflados lo tenían ahora atrapado sin un arma de fuego encima y, además, había que tener en cuenta que su especialidad eran las ejecuciones en lugares públicos. Kurtz miró a su alrededor. Solo había media docena de personas sentadas en las mesas aparte de él mismo: dos viejos silenciosos, separados, y una madre de aspecto exhausto con tres niños ruidosos en edad preescolar. Uno de ellos miró a Kurtz y le brindó el dedo corazón. La madre siguió comiéndose sus patatas fritas y fingió no darse cuenta.

Kurtz echó de nuevo un vistazo a su alrededor. Las dos puertas delanteras daban a Sheridan Drive, en el lado sur del restaurante. Las puertas de los lados este y oeste del comedor, profusamente iluminado, daban al aparcamiento. El muro norte no tenía salidas, a excepción de la entrada a los servicios.

Si los chiflados entraban y empezaban a dar tiros, Kurtz no tendría demasiados recursos a su disposición, salvo usar a uno o más de los clientes como escudo y tratar de llegar a una de las puertas. En el exterior, la capa de nieve era profunda y la noche oscura lejos de las luces del restaurante.

No es un gran plan, Joe. Kurtz se comió su segundo perrito caliente y le dio un sorbo a la Coca-Cola. Lo más probable era que los chiflados esperaran fuera a que saliera (no estarían seguros de que él los hubiese visto) y le dispararan en el aparcamiento.

A los chiflados no les preocupaba tener espectadores, pero esto no era el patio de Attica; si entraban a por él tendrían que disparar a todos los testigos, los comensales y los trabajadores de detrás del mostrador incluidos. Parecía algo excesivo incluso para los tres chiflados de Attica.

El mayor de los tres chicos, a dos mesas de la suya, le lanzó a Kurtz una patata frita cubierta de kétchup. Kurtz sonrió y miró a la familia feliz, preguntándose si dos de los niños, levantados en alto, ofrecerían suficiente hueso y masa corporal para detener las balas de cualquier calibre que le dispararan los chiflados. Probablemente no.

Una lástima. Kurtz subió los pies de uno en uno encima del asiento, se quitó los zapatos, se sacó los calcetines e hizo una bola con ellos. Uno de los muchachos de la mesa cercana lo señaló y comenzó a balbucirle

algo a su madre, emocionado, pero cuando la mujer volvió su rostro cetrino hacia él, ya se había atado el segundo zapato y estaba terminándose sus aros de cebolla. El aire era frío sin calcetines.

Con los ojos fijos en las caras pálidas de los chiflados, apenas visibles a través de la nieve que caía fuera, Kurtz sacó los paquetes de monedas y los vació en la bola hecha con los calcetines. Cuando terminó, se guardó la improvisada porra en el bolsillo de su chaquetón. Suponiendo que los chiflados llevaran armas de fuego y/o automáticas, aquella sería sin duda una pelea desigual.

Un oficial de policía de Búfalo entró en el comedor llevando su bandeja de perritos calientes. El rollizo agente iba uniformado, armado y estaba solo, probablemente de vuelta a casa después del turno de día; se le notaba cansado y deprimido.

Salvado, pensó Kurtz con solo un poco de ironía.

El policía dejó su comida en una mesa y fue al baño. Kurtz esperó treinta segundos antes de sacarse los guantes y seguirlo. El oficial estaba usando el único urinario que había y no se volvió cuando Kurtz entró. Este pasó a su lado como si fuera camino del lavabo, se sacó la cachiporra casera del bolsillo y golpeó fuerte al policía en la cabeza. El agente se quejó y cayó sobre ambas rodillas. Kurtz le atizó de nuevo. Se inclinó sobre él para coger el revólver reglamentario de cañón largo del calibre 38, las esposas y la pesada porra de su cinturón. Le quitó la radio de mano y la rompió bajo sus pies. Acto seguido le quitó la chaqueta.

La ventana trasera estaba en la parte superior de la pared del lavabo, reforzada con malla metálica, y no estaba pensada para ser abierta. Kurtz sostuvo la chaqueta del policía en alto para desviar los cristales y amortiguar el sonido, rompió la ventana y extrajo la rejilla metálica de sus oxidadas bisagras. Se subió al inodoro, se escurrió por la pequeña ventana y cayó sobre la nieve de fuera, detrás del contenedor de basura.

El lado este primero. Se metió el revólver del policía en el cinto, fue por la parte trasera del restaurante y echó una mirada al aparcamiento este. El chiflado apodado Curly se paseaba de un lado a otro entre los pocos coches estacionados, agitando los brazos para mantener el calor.

Llevaba un Colt 45 semiautomático en una mano. Kurtz esperó a que el hombre de pequeña estatura se diera la vuelta y entonces se le acercó en silencio por detrás y le atizó en la cabeza con la porra de plomo. Le esposó las manos a la espalda, lo dejó tirado en la nieve y se encaminó hacia la parte frontal del restaurante.

Moe levantó la vista, reconoció a Kurtz, y empezó a buscar a tientas un arma bajo su grueso chaquetón plumífero al tiempo que comenzaba a correr. Kurtz lo alcanzó y lo derribó en la nieve con un golpe de porra. Le quitó la pistola de una patada en la mano y miró a través de las puertas de cristal del Ted's Hot Dogs. Ninguno de los trabajadores del mostrador vacío se había dado cuenta de nada y la vía estaba libre por el momento.

Se cargó a Moe a los hombros, sacó el 38 de su cinturón y llevó la porra colgada de la muñeca por su correa de cuero. Kurtz se dirigió entonces hacia el lado oeste del edificio.

Larry debía de haber notado algo. Estaba de pie junto al Volvo de Kurtz y miraba con ansiedad a través de las ventanas. Portaba una Mac-10 en la mano. Según ciertas personas que Kurtz conoció dentro de la prisión, Larry siempre se rendía en alabanzas ante una buena descarga.

Con Moe todavía al hombro, Kurtz alzó el 38 y le disparó tres veces a Larry: en el tronco, en la cabeza y de nuevo en el tronco. El tercer chiflado cayó al suelo como un saco. La Mac-10 se deslizó unos metros por el hielo y terminó debajo de un todoterreno aparcado por allí. El sonido de los disparos fue apagado por la nieve que caía. Nadie se acercó a la puerta o a las ventanas.

Todavía sin soltar a Moe y arrastrando el cuerpo de Larry, Kurtz arrojó a ambos hombres al asiento trasero de su Volvo, arrancó el coche y se dirigió hacia el lado este del aparcamiento. Curly estaba gimiendo, volviendo en sí, tirado allí de cualquier manera con las manos esposadas detrás de la espalda. Nadie lo había visto.

Kurtz detuvo el coche, se bajó, levantó a Curly y tiró al gimiente chiflado en el asiento trasero junto a sus compañeros, uno muerto y otro inconsciente. Cerró la puerta de Curly, dio la vuelta, abrió el

pestillo de la puerta de detrás del conductor y dejó esta semiabierta, entró en el coche y se alejó por Sheridan hacia la autopista Youngman.

La autopista estaba resbaladiza y helada, lo que no fue impedimento para que Kurtz pusiera el Volvo a cien kilómetros por hora antes de mirar atrás. El cuerpo de Larry se estaba escurriendo por la puerta entreabierta y Moe seguía inconsciente, apoyado sobre Curly, que fingía estar igualmente sin sentido.

Kurtz amortilló el revólver con un sonoro clic.

—Abre los ojos o te pego un tiro ahora mismo —dijo en voz baja.

Curly abrió los ojos y movió la boca para decir algo.

—Cállate. —Kurtz señaló a Larry con la cabeza—. Tíralo de una patada.

El rostro ya macilento del exconvicto palideció aún más.

—Por los clavos de Cristo. No puedo...

—Dale una patada —ordenó Kurtz volviendo la vista a la carretera y girándose de nuevo para apuntar el 38 a la cara de Curly.

Al tener las muñecas esposadas a la espalda, Curly tuvo que empujar antes a Moe con el hombro para poder levantar las piernas y echar fuera a Larry. Necesitó dos patadas para conseguirlo. El aire frío se revolvió en el interior del coche. El tráfico en la Youngman era ligero, posiblemente a causa de la tormenta.

—¿Quién te contrató para matarme? —preguntó Kurtz—. Ten cuidado... no tienes muchas opciones de dar una respuesta incorrecta.

—Dios bendito —se quejó Curly—. Nadie nos ha contratado. Ni siquiera sé quién mierda eres. Ni siquiera...

—Respuesta equivocada —dijo Kurtz. Señaló con la cabeza a Moe y luego a la puerta abierta. El pavimento helado rugía fuera.

—¡Jesús!, no puedo... sigue vivo... escúchame, por favor...

El Volvo derrapó un poco al tomar una curva helada. Con un ojo puesto en el espejo retrovisor, Kurtz corrigió la trayectoria, se volvió y apuntó la pistola a la entrepierna de Curly.

—Ahora —ordenó.

Moe comenzó a recuperar la conciencia cuando Curly le dio varias patadas desde el otro lado del asiento y se fue acercando a la puerta abierta. El aire helado revivió al tipo grande lo suficiente como para

que se agarrara al respaldo del asiento y se aferrara a él para salvar la vida. Curly miró la pistola de Kurtz y pateó a Moe en el vientre y la cara con ambos pies. Moe se perdió en la noche, golpeando el pavimento con un sonido húmedo y audible.

Curly jadeaba, casi hiperventilaba, cuando levantó la vista hacia el arma de Kurtz. Estaba patas arriba en el asiento de atrás, pero era obvio que estaba planeando la forma de darle una patada al propio Kurtz.

—Si mueves los pies sin mi permiso te meto dos balas en el abdomen —dijo Kurtz en voz baja—. Vamos a intentarlo de nuevo. ¿Quién os ha contratado? Recuerda, se te han acabado las respuestas incorrectas.

—Vas a dispararme de todos modos —dijo Curly. Le castañeteaban los dientes por el aire frío que entraba por la puerta abierta.

—No —aseguró Kurtz—. No lo haré. Si me dices la verdad. Última oportunidad.

—Una mujer —dijo Curly.

Kurtz miró la carretera y luego de nuevo a Curly. No tenía sentido. Por lo que sabía, la mezquita del bloque D todavía tenía en pie la *fatwa* que valoraba la vida de Kurtz en diez mil dólares. Pequeño Jaco Farino, todavía en la trena, tenía varias razones para querer ver muerto a Kurtz, y Pequeño Jaco siempre había sido un hijo de puta, era propio de él contratar a unos mierdas como los chiflados. Una pandilla de Crips¹ del centro de la ciudad con sede en el Club Social Seneca había corrido la voz de que Joe Kurtz debía morir. Contaba con algunos otros enemigos que también podrían contratar a alguien. Pero ¿una mujer?

—No me vale —dijo Kurtz. Apuntó con el arma al vientre de Curly.

—¡No! ¡Dios santo, estoy diciendo la verdad! Una morena. Conduce un Lexus. Pagó cinco mil dólares en efectivo por adelantado, nos daría otros cinco cuando leyera la noticia de tu muerte en el periódico. Ella fue quien nos advirtió de que era probable que hoy no llevaras un arma encima por la visita a tu agente de la condicional. Jesús, Kurtz, no puedes simplemente...

¹ N. del t.: Conjunto de pandillas formadas principalmente, pero no exclusivamente, por afroamericanos.

—¿Cómo se llama?

El tipo sacudió la cabeza violentamente. Curly era calvo.²

—Farino. No lo dijo... pero estoy seguro... es la hermanita de Jaco.

—Sophia Farino está muerta —sentenció Kurtz. Lo sabía de buena tinta.

Curly comenzó a gritar y a hablar tan rápido que se le escapaban escupitajos de saliva.

—No es Sophia Farino. La otra. La hermana mayor. Vi una foto de familia una vez, Jaco la tenía en el trullo. Como se llame, la monja de mierda, Angelica, Angela, un nombre espagueti de mierda.

—Angelina —le corrigió Kurtz.

Curly torció la boca.

—Ahora vas a dispararme. Te he dicho la puta verdad, pero vas a...

—No necesariamente —dijo Kurtz. Nevaba con más fuerza y este trecho de la Youngman era conocido por sus placas de hielo, lo que no le impidió acelerar a ciento diez. Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta abierta del coche.

Curly abrió los ojos como platos.

—Estás de puta broma... no puedo...

—Puedes llevarte una bala en la cabeza y que luego te tire —explicó Kurtz—. O puedes arriesgarte a intentar algo, llevarte dos tiros en el vientre y quizá chocarnos. O bien puedes darte una oportunidad y saltar. Ten en cuenta que hay un poco de nieve en el terreno, probablemente esté tan suave como una almohada de plumas de ganso.

A Curly se le desorbitaron los ojos al acercarse a la puerta.

—Es decisión tuya —dijo Kurtz—. Pero solo tienes cinco segundos para decidir. Uno. Dos...

Curly gritó algo indescifrable, se echó atrás en el asiento y se lanzó hacia la puerta.

Kurtz miró el espejo retrovisor. Varios faros se desviaron y giraron cuando algunos coches trataron de hacer una maniobra evasiva, se

² N. del t.: Los nombres de estos tres personajes se corresponden con los de *The Three Stooges*, cómicos norteamericanos de mediados del siglo pasado conocidos en el mundo hispano como Los tres chiflados. El Curly original se hacía llamar así por su pelo rizado.

enredaron, se toparon con el bulto en la carretera y se amontonaron tras su Volvo.

Bajó la velocidad a unos más recomendables setenta kilómetros por hora y salió a la autopista de Kensington para regresar por el oeste hacia el centro de Búfalo. Al pasar junto al oscuro cementerio de Mount Calvary, en medio de la oscuridad, Kurtz tiró la pistola y la porra del policía por la ventanilla.

La nieve caía copiosa, con fuerza.

A Kurtz le gustaba el invierno de Búfalo. Siempre le había gustado. Sin embargo, esta iba a ser una estación especialmente dura.

Las oficinas de Busca a tu amor del instituto, S. A. se encontraban en el sótano de una antigua tienda de revistas y películas porno próxima a la estación de autobuses de Búfalo. La tienda XXX nunca había sido demasiado elegante y ahora lo era aún menos después de llevar cerrada tres meses y estar toda la manzana condenada a la demolición por las autoridades de la ciudad. Un poco antes de las siete y media de la mañana, Arlene aparcó en el callejón de detrás de la tienda y usó su llave para entrar por la puerta trasera. Se sorprendió al encontrar a Joe trabajando delante del ordenador. La larga sala no tenía muebles, a excepción de los dos escritorios, un perchero, un desorden de servidores y cables y un sofá raído apoyado contra una pared.

Arlene colgó su abrigo, puso su bolso en el escritorio, sacó un paquete de Marlboro del bolsillo, encendió uno y luego hizo lo propio con su ordenador y con el monitor de vídeo conectado a las dos cámaras de arriba. El abandonado interior de la librería para adultos parecía tan sucio y vacío como siempre. Nadie se había molestado nunca en limpiar las manchas de sangre de la moqueta.

—¿Has vuelto a dormir aquí, Joe?

Kurtz sacudió la cabeza y buscó la ficha de tráfico de Donald Lee Rafferty, de 42 años, con dirección en el 1016 de Lane Place, Lockport, Nueva York. En la ficha había constancia de otra multa por conducir borracho, la tercera este año. Estaban a punto de retirarle el carné a Rafferty.

—Maldita sea —dijo Kurtz.

Arlene levantó la vista. Joe rara vez maldecía.

—¿Qué?

—Nada.

Un sonido alertó a Kurtz de que le había llegado un correo electrónico. Era un mensaje de Pruno en respuesta a una pregunta que Kurtz le había enviado a las cuatro de la mañana. Pruno era un vagabundo borracho adicto a la heroína que se daba la circunstancia de que tenía un ordenador portátil en la chabola de cartones que, a veces, compartía con otro vagabundo llamado Soul Dad. Kurtz se preguntaba de vez en cuando cómo era capaz de mantener el portátil si le robaban continuamente la ropa que llevaba puesta. Abrió el correo.

Joseph: He recibido tu e-mail y ciertamente dispongo de alguna información sobre la señora Farino que queda con vida y sobre los tres caballeros en cuestión. Preferiría hablar de esto en privado, ya que tengo una petición que hacerte a cambio. ¿Podrías pasarte por mi residencia de invierno en cuanto te resulte conveniente?

Cordialmente, P.

—Maldita sea —reiteró Kurtz.

Arlene lo miró a través de una nube de humo. El monitor de su ordenador estaba repleto de las solicitudes diarias de búsqueda de antiguos novios y novias del instituto. Echó las cenizas en el cenicero, pero no dijo nada.

Kurtz suspiró. No era conveniente ir a ver al viejo solo para conseguir aquella información, pero por otra parte Pruno rara vez le pedía nada. De hecho, si lo pensaba con detenimiento, nunca lo había hecho.

Lo de Rafferty, por el contrario...

—Maldita sea —susurró Kurtz una vez más.

—¿Puedo ayudarte en algo, Joe? —preguntó Arlene.

—No.

—De acuerdo. Pero ya que estás aquí, hay algunas cosas en las que podrías ayudarme tú a mí. —Kurtz apagó su ordenador.

—Tenemos que buscar una oficina nueva —dijo Arlene—. Van a demoler este lugar en un mes y a desahuciarlos en dos semanas, pase lo que pase.

Kurtz asintió.

Arlene sacudió de nuevo las cenizas del cigarrillo.

—¿Vas a tener tiempo para ayudarme a buscar una nueva oficina entre hoy y mañana?

—Probablemente no —dijo Kurtz.

—¿Entonces vas a dejarme a mí elegir un lugar por mi cuenta?

—No.

Arlene asintió.

—¿Puedo ir a ver algunos sitios y que tú les echés un vistazo después?

—Está bien —convino Kurtz.

—¿Y no te importa que los mire durante las horas de oficina?

Kurtz se quedó mirando a su secretaria. Había vuelto a trabajar para él el mismo día que salió de la cárcel, el otoño anterior, después de doce años de paréntesis.

—¿Alguna vez te he dicho algo acerca de horarios de oficina o de cómo debes pasar el día? —dijo al fin—. Por lo que a mí respecta puedes venir a echarle un vistazo de diez minutos a la herramienta *online* de Busca a tu amor del instituto y tomarte el resto del día libre.

—Ajá —dijo Arlene. Su mirada reveló mucho más que eso. Últimamente, el negocio de búsqueda de pareja le ocupaba entre diez y doce horas los días laborables y algunas horas sueltas los sábados y algún domingo ocasional. Apagó el cigarrillo y sacó otro, pero no lo encendió.

—¿Qué más necesitamos? —preguntó Kurtz.

—Treinta y cinco mil dólares —dijo Arlene.

Kurtz reaccionó como siempre lo hacía ante algo que no esperaba: poniendo cara de póquer.

—Es para otro servidor y un servicio de extracción de datos —agregó Arlene.

—Pensé que con este servidor y el servicio de datos que tenemos bastaría para mantener la búsqueda de parejas durante dos años —dijo Kurtz.

—Sí —convino Arlene—. Esto es para Campanas de boda.

—¿Campanas de boda?

Arlene encendió el cigarrillo y le dio una larga y lenta calada. Exhaló antes de hablar.

—Esta búsqueda de antiguos novios del instituto fue una gran idea tuya, Joe, y está reportando dinero, pero estamos llegando a un punto en el que el rendimiento ha decrecido.

—¿Después de solo cuatro meses? —dijo Kurtz.

Arlene agitó sus uñas pintadas en un complejo gesto.

—Lo que la diferencia de los demás servicios de búsqueda de antiguos novios del instituto es el seguimiento que haces tú mismo de algunos casos, la entrega de cartas de amor en persona, etcétera.

—¿Sí? —dijo Kurtz—. ¿Y? —Pero entonces lo comprendió—. Lo que quieres decir es que solo hay cuota de mercado en esta parte del oeste de Nueva York y del norte de Pensilvania y Ohio, dentro de los límites de lo que puedo conducir. Que solo hay viejos anuarios de secundaria que podemos mirar a lo largo de la región. Si no contamos con eso somos solo otra agencia de búsqueda *on-line*, ¿verdad? Sí, pensé en eso cuando se me ocurrió esta idea en la cárcel, aunque también creí que duraríamos más de cuatro meses.

Arlene sonrió.

—No te preocupes, Joe. No quería decir que vayamos a quedarnos sin anuarios o clientes en los próximos dos años. Lo que quiero decir es que estamos alcanzando el punto en el cual el rendimiento se ha vuelto decreciente, al menos en lo referente a tu labor de puerta en puerta.

—Así que... Campanas de boda —dijo Kurtz.

—Campanas de boda —repitió Arlene.

—Supongo que es una especie de servicio de planificación de bodas *on-line*. A menos que solo vayamos a ofrecerlo como un añadido para los clientes que hayan tenido éxito en Busca a tu amor del instituto.

—Oh, eso también podemos hacerlo —dijo Arlene—, pero yo lo veo más como un servicio completo de planificación de bodas *on-line*. Para todo el país. Más allá de todo el país.

—¿Entonces no consistirá en cosas semejantes a la entrega de ramilletes en Erie, Pensilvania, como estoy haciendo ahora con las cartas de amor?

Arlene sacudió las cenizas.

—No tienes que involucrarte en nada si no quieres, Joe. Basta con que aportes el capital inicial y seas el dueño de la empresa... y busques una oficina.

Kurtz hizo caso omiso de la última parte.

—¿Por qué treinta y cinco mil? Eso da para extraer un montón de datos.

Arlene cogió una carpeta repleta de páginas de hojas de cálculo y notas. Se puso de pie junto a la mesa de Kurtz y se las tendió para que él les echara un vistazo.

—Mira, Joe, he estado recogiendo datos e información de aquí y allá por internet y los he ido metiendo en un documento de Excel. Es más o menos lo que hacen todas las empresas de servicios de bodas, pero luego he usado algunos de nuestros ingresos para construir una nueva base de datos en Oracle81 y contraté a Ergos Business Intelligence para comenzar la extracción de los datos de todas las bodas que otros individuos o servicios han planeado.

Señaló algunas columnas en la hoja de cálculo.

—Y, *voilà!*

Kurtz buscó patrones en las tablas y columnas.

Finalmente vio uno.

—Planear una boda de fantasía lleva entre doscientos setenta y trescientos días —dijo Kurtz—. Casi todos los proyectos se encuentran en ese intervalo de fechas. ¿Eso lo sabe todo el mundo?

Arlene negó con la cabeza.

—Algunos planificadores individuales lo saben, pero las pocas empresas *on-line* que ofrecen servicios de bodas no. El patrón solo aparece cuando se mira una cantidad enorme de datos.

—Entonces, ¿cómo hace tu... nuestro servicio... Campanas de boda, para sacar provecho de esto? —preguntó Kurtz.

Arlene le enseñó otras páginas.

—Seguimos usando la herramienta de Ergos para analizar esta horquilla de entre doscientos setenta y trescientos días y concretamos con exactitud cuándo se lleva a cabo cada paso de la operación.

—¿Qué operación? —preguntó Kurtz. Arlene estaba empezando a hablar como algunos ladrones de bancos que había conocido—. ¿Una boda no es solo una boda? ¿Alquilar un local, vestirse elegante y acabar de una vez?

Arlene puso los ojos en blanco. Exhalando el humo, trajo su cenicero al escritorio de Kurtz y arrojó las cenizas dentro.

—¿Lo ves, aquí, en este punto del principio? Aquí está la búsqueda del vestido de novia. Todas las novias deben buscarse un vestido. Ofrecemos enlaces con los diseñadores, con las costureras, incluso con proveedores de vestidos de diseño para novias preñadas.

—Pero Campanas de boda no va a ser solo un montón de hipervínculos, ¿verdad? —preguntó Kurtz, frunciendo el ceño ligeramente.

Arlene sacudió la cabeza y apagó su cigarrillo.

—No, en absoluto. Al principio, los clientes aportan un perfil y a partir de ahí nosotros se lo ofrecemos todo, desde un servicio completo hasta lo más simple. Podemos encargarnos de todo, absolutamente de todo. Desde el envío de invitaciones hasta pagar los honorarios del cura. Incluso los clientes podrán pedirnos que planeemos ciertas cosas y que les demos a ellos los contactos para otras decisiones que vayan surgiendo en el proceso... Lo bueno es que de cualquiera de las dos maneras hacemos dinero.

Arlene encendió otro cigarrillo y arrugó los papeles buscando algo entre ellos. Señaló una línea resaltada en una tabla de doscientos ochenta y cinco días.

—¿Ves este punto, Joe? En el primer mes se tiene que decidir el emplazamiento de la boda y la recepción. Tenemos la mayor base de

datos que existe y proporcionamos enlaces a restaurantes, posadas, parques pintorescos, centros turísticos en Hawái... hasta iglesias. Ellos nos dan su perfil y hacen sugerencias, luego nosotros conectamos con los sitios adecuados.

Kurtz tuvo que sonreír.

—Y conseguimos una comisión de todos esos lugares... excepto tal vez de las iglesias.

—¡Ah! —dijo Arlene—. Las bodas son importantes fuentes de ingresos para las iglesias y sinagogas. Querrán estar en campanasdeboda.com y nos entregarán un pedazo del pastel. No hay negociación posible.

Kurtz asintió y miró el resto de las hojas de cálculo.

—Consultores de bodas mencionados. Destinos para la luna de miel recomendados y descuentos ofertados. Limusinas alquiladas. Incluso billetes de avión reservados para los familiares y los novios. Flores. Cáterin. Les proporcionas fuentes locales y enlaces webs para todo y todo el mundo le paga a campanasdeboda.com. Me gusta. —Cerró la carpeta y se la devolvió a Arlene.

—¿Para cuándo necesitas el capital inicial?

—Estamos a jueves —dijo ella—. El lunes estaría bien.

—Muy bien. Treinta y cinco mil para el lunes. —Kurtz cogió su chaquetón del perchero y se deslizó una pistola semiautomática en el cinto. Se trataba de la relativamente pequeña y ligera SW99 de 40 mm, una versión licenciada por la Smith & Wesson de la pistola reglamentaria Walther P99 de doble acción. Kurtz tenía diez balas en el cargador y otro adicional en el bolsillo de la chaqueta. Teniendo en cuenta el hecho de que la SW99 disparaba formidables proyectiles de 40 mm en lugar de los más comunes de 9 mm, confiaba en que con veinte cartuchos le bastaría.

—¿Vas a estar de vuelta en la oficina antes del fin de semana?

—preguntó Arlene al tiempo que Kurtz abría la puerta trasera.

—Probablemente no.

—¿Te puedo localizar de alguna manera?

—Puedes intentarlo en el correo electrónico de Pruno durante la próxima hora más o menos —dijo Kurtz—. Después de eso

probablemente no. Te llamaré aquí a la oficina antes del fin de semana.

—Bueno, puedes llamar el sábado o el domingo también —le informó Arlene—. Estaré aquí.

Pero Kurtz había salido ya por la puerta y el sarcasmo utilizado fue en vano.

A Kurtz le gustaban los inviernos de Búfalo porque sus habitantes sabían lidiar bien con la estación. Unos cuantos centímetros de nieve (los bastantes como para paralizar una ciudad de nenazas como Washington o Nashville) les resultaban indiferentes a los residentes de Búfalo. Los quitanieves retiraban la nieve, las palas trabajaban desde temprano en las aceras y la gente continuaba con su vida. Treinta centímetros de nieve llamaban la atención en Búfalo solo el tiempo que se tardaba en usar la máquina para depositarlos junto a otro montón.

Sin embargo, este invierno estaba siendo duro. A fecha de uno de enero ya había caído más nieve que en los dos inviernos anteriores juntos, y en febrero incluso la estoica Búfalo tuvo que cerrar algunas escuelas y negocios cuando la nieve hizo descender las temperaturas de forma extrema en el lago Erie.

Kurtz no se hacía a la idea de cómo Pruno y otros vagabundos que se negaban a quedarse en refugios, salvo para pasar las peores noches, podían sobrevivir a tales inviernos.

Sobrevivir a la estación era problema de Pruno. Sobrevivir a los próximos días y semanas era el problema de Kurtz.

La «residencia de invierno» de Pruno era la chabola fabricada con cajas de embalaje que él y Soul Dad habían improvisado bajo el paso elevado de la carretera, cerca de las cocheras de trenes. Kurtz sabía que en verano se congregaban allí cincuenta o sesenta personas constituyendo una especie de campamento de la época de la Depresión que no

carecía totalmente de encanto. No obstante, la mayoría de los vagabundos que preferían el buen clima hacía tiempo que se habían dirigido a los refugios o a las ciudades del sur. Soul Dad, por ejemplo, prefería Denver por razones que solo él mismo conocía. La choza de Pruno era la única que continuaba en pie, y estaba casi completamente cubierta de nieve.

Kurtz se deslizó por la empinada cuesta que bajaba desde la carretera y se abrió camino entre los surcos hasta las inmediaciones de la chabola. No había nada a lo que llamar puerta (un pedazo de plomo corrugado y oxidado relleno el espacio disponible en la apertura entre las cajas clavadas unas a otras), así que Kurtz golpeó el panel de metal y esperó. El viento helado procedente del lago Erie atravesó la lana de su chaquetón. Después de dar otros dos o tres golpes, oyó una tos en el interior que tomó como un permiso para entrar.

Pruno (Soul Dad mencionó en una ocasión que el verdadero nombre del viejo era Frederick) estaba sentado contra el montón de cajas que conformaba la pared del fondo. La nieve se había colado a través de las grietas y fisuras. El cable de extensión para el ordenador portátil venía de Dios sabe dónde y una pila de bombonas de butano le proporcionaban calor y la posibilidad de cocinar. El propio Pruno estaba casi enterrado en un capullo de periódicos y trapos harapientos.

—Dios mío —dijo Kurtz en voz baja—. ¿Por qué no vas a un refugio, viejo?

Pruno tosió lo que bien podría ser una risa.

—Me niego a darle al César lo que es del César.

—¿Dinero? —dijo Kurtz—. Los refugios no piden dinero. En esta época del año ni siquiera te exigen trabajar a cambio de una cama. ¿Qué ibas a darle al César aparte de una congelación?

—Obediencia —dijo Pruno. Tosió y se aclaró la garganta—. ¿Pasamos a los negocios, Joseph? ¿Qué te gustaría saber acerca de la temible señora Farino?

—En primer lugar, dime —se interesó Kurtz—, ¿qué es lo que deseas a cambio de la información? En tu correo electrónico mencionabas algo sobre ello.

—En realidad nada, Joseph. Te decía que tenía una petición que hacerte a cambio. Te aseguro que me hará feliz proporcionarte la información sobre Farino sin ataduras.

—Lo que tú digas —dijo Kurtz—. ¿Cuál es tu petición?

Pruno tosió durante un rato y se arropó cuidadosamente con los periódicos y los trapos. El aire frío que entraba por las rendijas y recovecos de la chabola hecha de cajas de embalaje estaba haciendo temblar a Kurtz, y eso que llevaba un chaquetón grueso.

—Me preguntaba si serías tan amable de reunirte con un amigo mío —dijo el vagabundo—. Se trata de un asunto concerniente a tu competencia profesional.

—¿Qué competencia profesional?

—La de investigador.

Kurtz sacudió la cabeza.

—Sabes que ya no soy investigador privado.

—Investigaste para la familia Farino el año pasado —le recordó Pruno. La voz jadeante del viejo drogadicto todavía acarreaba algo más que un resto de acento bostoniano.

—Aquello fue una farsa de la que formé parte —dijo Kurtz—, no una investigación de verdad.

—No obstante, Joseph, me agradecería mucho que al menos te reunieras con mi amigo. Puedes explicarle tú mismo que ya no te dedicas al sector privado de la investigación.

Kurtz vaciló.

—¿Cómo se llama?

—Fears, John Wellington.

—¿Y qué problema tiene?

—No lo sé exactamente, Joseph. Se trata de un asunto privado.

—Muy bien —convino Kurtz, imaginándose a sí mismo entrevistándose con otro vagabundo alcohólico—. ¿Dónde puedo encontrar a ese John Wellington Fears?

—Tal vez podría acercarse hoy a verte a tu oficina. Es más conveniente que sea mi amigo quien vaya a visitarte.

Kurtz pensó en Arlene y en la última vez que hubo visita en la oficina.

—No —dijo—. Hoy estaré en el Blues Franklin hasta medianoche. Dile que se reúna conmigo allí. ¿Cómo lo reconoceré?

—Le encanta llevar chalecos —dijo Pruno—. Bueno, ¿qué te gustaría saber sobre Angelina Farino?

—Todo —contestó Kurtz.

Donald Rafferty trabajaba en la oficina principal de correos de la calle William y solía tomarse el almuerzo en un pequeño bar cerca de Broadway Market. Como supervisor, Rafferty se podía permitir alargar su hora del almuerzo hasta los noventa minutos. Otras veces se olvidaba de comer.

Esa tarde, al salir del bar, se encontró a un hombre apoyado en su Honda Accord 1998. Era blanco, fue lo primero en lo que Rafferty reparó, y llevaba un chaquetón y un gorro de lana. Le resultaba vagamente familiar, aunque no logró situar su cara. A decir verdad, había sido una hora para la comida inusualmente larga y Donald Rafferty estaba teniendo problemas para encontrar las llaves de su coche en el bolsillo. Se detuvo a seis metros del hombre y consideró la idea de regresar al bar hasta que el desconocido se marchara.

—Eh, Donnie —dijo el hombre. Rafferty siempre había detestado que lo llamaran por ese diminutivo.

—Kurtz —dijo Rafferty al acordarse por fin—. Kurtz.

Kurtz asintió con la cabeza.

—Pensé que estabas en la cárcel, gilipollas —dijo Rafferty.

—Ahora mismo no —dijo Kurtz.

Rafferty parpadeó para aclarar su visión.

—En otro estado te habrían llevado a la silla... o te hubieran metido una inyección letal —dijo—. Por asesinato.

Kurtz sonrió.

—Homicidio. —Estaba apoyado contra el capó del Accord, pero se enderezó y dio un paso al frente.

Donald Rafferty dio un paso atrás en el resbaladizo aparcamiento. Estaba nevando de nuevo.

—¿Qué coño quieres, Kurtz?

—Quiero que no bebas los días que tengas que llevar a Rachel a alguna parte —le pidió Kurtz. Su tono de voz era suave pero firme.

Rafferty se echó a reír a pesar de lo nervioso que estaba.

—¿Rachel? No me digas que te importa un carajo Rachel. Catorce años y no le has enviado a la niña ni una tarjeta de mierda.

—Doce años —dijo Kurtz.

—Ella es mía —gruñó Rafferty arrastrando las palabras—. Lo dijeron los tribunales. Es legal. Yo era el marido de Samantha, el exmarido, y ella deseaba que yo me quedara con la niña.

—Sam no quería que nadie que no fuese ella misma cuidase de Rachel —dijo Kurtz, dando otro paso hacia delante al tiempo que Rafferty daba tres hacia el bar—. No tenía intención de morir.

Rafferty tuvo que burlarse de eso.

—Murió por tu culpa, Kurtz. Culpa tuya y de ese trabajo de mierda. —Encontró las llaves y se las entremetió en los dedos formando un puño. La ira se le mezclaba ahora con el miedo. Podía con ese hijo de puta—. ¿Has venido en busca de problemas, Kurtz?

Los ojos de Kurtz no se apartaron de Rafferty.

—Porque si es así —continuó Rafferty levantando la voz cada vez más—, le diré a tu agente de la libertad condicional que estás acosándome y que me amenazas a mí y a Rachel... Tras doce años en Attica, cualquiera sabe qué clase de sucios hábitos has adquirido.

Algo brilló entonces en los ojos de Joe Kurtz y Rafferty dio cuatro rápidos pasos hacia atrás hasta llegar casi a tocar la puerta del bar.

—Kurtz, si me buscas las cosquillas vas a estar de vuelta en la cárcel en menos de...

—Si conduces borracho con Rachel en el coche —le interrumpió Kurtz sin brusquedad—, voy a hacerte daño, Donnie. —Dio otro paso más y Rafferty abrió la puerta del bar a toda prisa para refugiarse en el interior; el camarero, Carl, podría sacar la escopeta recortada de debajo del mostrador.

Kurtz no volvió a mirar a Donald Rafferty. Pasó junto a él y bajó por la calle Broadway, desapareciendo entre la nieve que caía persistentemente.